

COLEGIO Y ESCUELA INDUSTRIAL

"DOMINGO SAVIO"

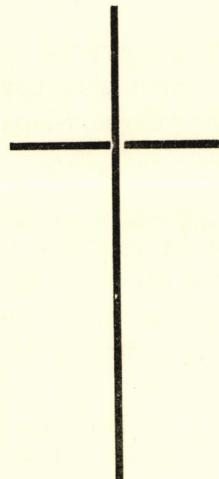
GERONIMO PICCIOLLI 3272

TELEFONO 58 53 51

MONTEVIDEO

27 de Abril de 1978

Sac. Hugo Colmán Amaro



Nacimiento: 30 de junio de 1925
Bautismo: 8 de diciembre de 1925
Profesión Perpetua: 29 de enero de 1952
Sacerdocio: 27 de noviembre de 1955

Ciclo Formativo:

1941 a 1948 Casa Formación Manga - Montevideo
1949 a 1951 Talleres Don Bosco - Montevideo
1952 a 1955 Instituto Teológico - Santiago de Chile

Curriculum Sacerdotal

1956 a 1965 San Francisco de Sales - Montevideo
1966 Aspirantado - Manga - Montevideo
1967 a 1968 Domingo Savio - Montevideo
1969 San Pedro - Montevideo
1970 a 1977 Domingo Savio - Montevideo

Queridos hermanos:

En la mañana de un 27 de abril nuestro hermano Hugo nos dejó en la Iglesia peregrinante comenzando él a participar del "cielo nuevo y de la tierra nueva" (Apoc. 21,1). El tiempo transcurrido desde entonces nos permite hoy, en el primer aniversario de su partida, la objetividad siempre difícil de los primeros días de la separación.

Ni muchos ni pocos, sus cincuenta y un años comenzados en Montevideo el 30 de junio de 1925 fueron suficientes para una siega que sólo el Señor conoce hasta el fin, pero cuyos frutos nos beneficiaron a todos.

Podrá tal vez improvisarse una muerte, pero nunca una larga y martirizante enfermedad final donde la persona se revela a sí misma como nunca en vida. Esa última prueba con que el Señor visitó a Hugo, fue nada más que el signo mayor de toda una existencia predestinada al sufrimiento que él supo con caridad exquisita velar, incluso a quienes vivieron a su lado.

Un día de cada año —el 8 de diciembre— para Colmán tuvo particular significación desde los primeros años del seminario. Porque en su evocación histórica esa fecha reúne como en síntesis los grandes amores en los que él polarizó su vida: una festividad de María, una Eucaristía y un corazón sacerdotal como el de Don Bosco iniciando su obra en un encuentro de su catequesis con Bartolomé Garelli. Ahí inspiró Hugo su ser y su misión. Su ser de sacerdote salesiano sentido y gozado en profunda relación mariana y su misión de catequista nato que por opción prescinde de muchas otras actividades también subyugantes para polarizarse en lo esencial. Porque Hugo fue un hombre de lo esencial. Siempre en segundas filas, no ejerció el servicio de la autoridad, nunca tuvo cargos ni títulos académicos que hubiera po-

dido alcanzar sin esfuerzo dada su capacidad intelectual; sacrificó incluso sus dotes artísticas que apenas dejaba asomar cuando improvisaba frente a un piano o cuando pintaba con tonos delicados, casi transparentes, sus figuras espigadas y rostros inconfundibles... todo lo dejó por el camino para entregarse a lo que juzgó esencial. Hombres así justifican por si solos la validez pastoral de una obra.

Su vocación de catequista nació con él. Por eso pudo anticiparse como un precursor a la misma renovación de la catequesis ya en la década del cincuenta. Los liceales de Maturana en aquel entonces, como los alumnos de electrónica del Domingo Savio en Maroñas hoy, esperaban la hora que les regalaba Colmán, lo cual es todo un decir. Pero había una razón: el Hugo radical y claro, sin medias tintas en la propuesta del mensaje cristiano no era un simple ortodoxo trasmisor de contenidos. Iba mucho más allá de ese primer estadio y entablaba la imprescindible relación personal con el alumno, que le permitía llegar a la verdadera catequesis iluminadora de la experiencia. Así hizo huella, y por eso el muchacho que venía a la escuela católica por lo específicamente religioso, dejaría el colegio al fin, pero no dejaba a Colmán. Y ahí estaban, en su último día en la tierra, rodeando no al antiguo maestro sino al que hasta hoy había seguido acompañado, en algunos casos, largos procesos de fe.

Ese su celo evangelizador no lo redujo a la estrechez de su grupo, a la frontera de su colegio. Donde Hugo vivió, el barrio lo recuerda: así fue en Buceo, así fue en Maroñas. Tal vez su misma endeblez y sufrimiento interior lo llevaron de corazón junto a los enfermos y a la soledad de los ancianos que no tienen palabras para contar la exquisitez de su corazón sacerdotal. Lo que muestra también otra característica de su personalidad. Porque fue un hombre de contrastes: vibraba con los adolescentes y jóvenes; pero compartía con calidez el declinar de los viejos; tenía un espíritu simple y delicado que se manifestaba hasta en los rostros de Vírgenes niñas y ángeles de porcelana que pintaba con fruición, pero era al mismo tiempo astuto para descubrir la maldad farisaica de quienes lo hicieron sufrir sin razón; sabía ser gentil, simpático y cortés, pero prefería la horaña soledad del au-

todidacta que juzgaba más importante que el encuentro, el encierro entre sus libros y papeles; inteligente y profundo gustaba del estudio en una actitud personal de formación permanente, pero integraba sin dificultad en su vida profunda el mundo infantil de Walt Disney, su pasatiempo preferido que le sugirió una serie de fábulas —delicia de los niños— que publicó en Tic-Tac con todo un universo de animalitos con las trampas y virtudes de los humanos, en un regocijante cuadro de humor y de frescura.

Pero hombre de lo esencial lo fue no sólo en su misión sino en lo más íntimo de su ser religioso: Colmán se consideró siempre a sí mismo como don de Dios, y por eso mismo inmerecedor de todo. Nada se le debía. Así pudo vivir sin molestar. Lo que se hizo testimonio elocuente en su última enfermedad. Hermanos, familiares, médicos y enfermeros supieron cómo se puede prolongar un dolor por no causar la molestia de llamar. La religiosa encargada de ese piso del sanatorio en que expiró supo decírnos cómo en el Círculo Católico se había corrido la voz y los últimos días de Hugo, sin haberlo conocido, sin haberlo visto nunca, la gente preguntaba por “el Padre que sabía sufrir tan bien”.

Aunque esperamos que Hugo participe ya de la plenitud del Reino, nuestra oración, signo de comunión, lo acompañe. E invito a comprometerlo en nuestro trabajo vocacional que nunca sintió ajeno porque amaba su sacerdocio como la gracia más rica de su vida.

Desde esa fraternidad nuestra, que ni la muerte interrumpe, los saludos a todos en nombre de nuestra comunidad de la Escuela Domingo Savio,

Roberto C. Donato

Director

DATOS PARA EL NECROLOGIO: Sac. Hugo Colmán Amaro, nacido en Montevideo el 30 de junio de 1925; muerto en Montevideo el 27 de abril de 1977, a 51 años de edad, 31 de Profesión y 21 de Sacerdocio.